

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

Centro Fotográfico Villar

En vista de la numerosa clientela que cuenta este antiguo y acreditado establecimiento, y con objeto de servir al público con prontitud y esmero, ha contratado á un retocador, tanto de retratos, como de ampliaciones, que en el difícil arte de la fotografía, lo domina como pocos.

Dicho retocador ha estado encargado bastante tiempo de la acreditada fotografía madrileña del Sr. Compañy.

AL DIA

EVAGACIONES

Es convencional muy convencional, el concepto de la honra de los hombres y del honor de las mujeres. Como que todo depende de que «las cosas se vean ó de que las cosas se ignoren». No se es «lo que es» sino «lo que se presenta á la vista». Toda la ciencia en este punto, que es uno de los puntos más interesantes de la vida humana, consiste en que no se conozca la careta.

El mundo es del fingimiento. Por regla general—la excepción confirma la regla—todas las mañanas al levantarnos, lo primero que hacemos es colocarnos la «mascarilla» sobre el rostro. Un descuido, en este punto, y en una sociedad en que toda la gente se disfrazaba, acarrearía graves perjuicios al desmemoriado. Ver una ara «al natural», con sus gracias peculiares y con sus peculiares fealdades, en el mundo que todo es aseo y afeitado, causará la más espantosa revolución.

Somos actores, con papel estudiado, de la gran comedia. «Combinarse» con arreglo al papel, es probabilidad de gran éxito. Solo se silba, es decir, solo se le respeta al cómico desalinado y poco diligente.

Por eso las palabras representativas de las acciones tienen un valor supuesto. No son lo que significan sino lo que nosotros queremos hacer ver que signifiquen. La máscara «sujeta» la palabra como agarrotada la cara del que la pronuncia. «No dejar ver más que lo que conviene se vea», es el gran mérito del actor, del supremo Talm de los actores.

Quién se disfrazaba de ciego, quién de probo, quién de atrevido, quién de pusilánime. Lo que conviene es adoptar disfraz adecuado á las mentiras del tiempo ó á los con-

vencionalismos del hombre. Un individuo mismo puede triunfar en su puesto «haciendo» de religioso, como triunfaría en otro blasonando de indiferente. El fin está en que no equivoque la careta y más principalmente en que no deje ver su «verdadero» rostro.

Entendemos por «honradez» el proceder recto, propio de un hombre de honor y de estimación y por «pudor» en la mujer «la honestidad, la modestia, el recato, la vergüenza honesta». Pudor y honradez son lo que son y no pueden ser otra cosa. Pues esas palabras son la careta; lo que importa es que no se vea la cara.

Pasa uno por hombre honrado. Tiene prurito de serlo y de ello se vanagloria. En realidad la honradez es un diamante y nada más justo que todos procuren adornar con él la diadema de su fama.

Ese mismo lucirá la aureola brillante, es decir, pasará por honrado, recibiendo el aprecio de las gentes y su estimación, es decir, cosechará los frutos de una vida proba y de honor, aun no siéndolo aun siendo un miserable, si tiene la suerte de que la manta tape ó encubra sus desnudeces morales. Sin ser una cosa se disfruta de las prerrogativas inherentes á esa cosa. Cain, con máscara, hubiera pasado, ahora, por un Abel; siendo un réprobo el pueblo le hubiera tenido por un predestinado. Y hubiera muerto en su lecho bendecido y respetado.

Tira el diablo de la manta ó la suerte, que tiene ironías sangrientas, y el caballero, el íntegro, el honrado, el hombre de honor, á quien se querria con respeto y con admiración, el descubrimiento de una falta, de una caída, de una acción ejecutada á impulsos de la pasión, en un momento de abandono ó de delirio le «desnuda» todos y le empujamos al abismo del cieno.

¿Cambio? No en verdad, «se vió». Hé ahí el secreto. ¡Si siempre se viera!

¡Ay! Los tigres nos mirarian con horror y desprecio.

CUENTO

EL REY Y EL CAMPESINO

Al caer de la tarde bajaba un campesino una cuesta de recta pendiente, en el hombro el azadón, que sostenía con la derecha mano, llevando en la otra un gran pañuelo lleno de melocotones.

Abstráido iba pensando en el plato de humeantes habichuelas que, aderezadas con lonchas de tocino, constituían su cena y la de su familia; y como por anticipado gozaba oyendo los alegres gritos de sus hijos al mirar la sobrosa fruta no vió á un caballero que, de otros seguidos, quienes á respetuosa distancia tenían sus corceles, subía la empinada cuesta, hasta que el relincho del caballo y una voz que le dijo:—Apártese, buen hombre—le trajeron á la realidad, que para él hubiera sido peligrosa, si el jinete no hubiese parado en seco el potro, que se iba en cima del campesino, el cual levantó los ojos, y al reconocer á quien delante tenía, descubrióse sin soltar el azadón; y dijo con voz entera y respetuosa:

—Dios guarde al Señor Rey.

Miró el Rey y sonrió, pues el campesino en vez de hacerse á un lado, se había quedado en medio del camino como si hubiera echado raíces, por efecto de la sorpresa que le produjo el encuentro; y desviando el fogoso corcel para que no le lastimase, preguntóle bondadosamente:

—¿A dónde va el campesino?

—Al mismo á donde va el señor Rey.

—Si yo subo la cuesta y tu la bajas, dirección contraria llevamos; lo que dice que es imposible que bajamos al mismo punto.

—Eso le parece al Señor Rey; y aunque se dice que un soberano no se equivoca nunca, opino yo que ahora está en un error.

—Eso de que el Rey no errara, acaso lo digan los cortesanos; pero veo que lo pone en duda la gente del campo; más pareceme que ahora tu eres el que anda equivocado.

—En otras cosas sera, no en esta, porque si bien es cierto que va el Señor Rey cuesta arriba y el campesino cuesta abajo, no lo es menos que el Rey y el campesino van camino de la eternidad á donde hemos de llegar forzosamente al morir, sea cual fuere la senda que tomemos durante la vida! Como hay una eternidad buena, también hay otra mala. ¡Valga Dios al

Señor Rey para que llegue á la buena, que es el cielo!

—A ti igualmente te valga y monos desamparo la Virgen Santa!

Pensativo quedóse el Rey, que al olvido tenía dado lo que el campesino le recordaba. Cuando quiso continuar su camino, hizo señal á uno de la comitiva, que se acercó con gran respeto y le entregó una bolsa con monedas de oro.

—Buen campesino, dijo el Rey; hombre avisado eres; toma esta bolsa que comensará la diferencia que hay entre lo que tu trabajo te produce y lo que mereces. ¿Cuánto ganas?

Tomó el campesino con muestras de gratitud la bolsa, y luego contestó:

—Gano lo mismo que gana el Señor Rey.

Esta, que ya había puesto en movimiento el caballo, lo detuvo, y fijando la mirada en aquel hombre le dijo:

—Ya no me atrevo á afirmar que estás equivocado porque antes lo creía y ha resultado que yo lo estaba. Más me da declararte que no comprendo cómo siendo yo Rey y tú campesino, ganamos lo mismo.

—Si no lo ofendo, le diré que los papas, los reyes, los nobles, los villanos, los ricos y los pobres, todos ganamos lo mismo, Señor Rey, es el cielo ó el infierno.

Callado quedóse el rey, pues honda fué la impresión que en él causaron las palabras del campesino, á quien dijo con gravedad:

—Razón tienes y he de confesar que sabes mucho más que yo. ¡Ruega á Dios por mí!

—Sí, rogaré, Señor Rey; pero no olvide aquél refrán:

—¿Qué refrán?

—El que dice: ayúdote y Dios te ayudará. Ayúdese el Señor Rey para ganar el cielo.

Y el Rey y el campesino se separaron; el uno siguió cuesta arriba, cuesta abajo el otro, y el Rey y campesino iban camino de la eternidad.

Teodoro Baró.

AYUNTAMIENTO

Bajo la presidencia del Alcalde Sr. Peña y con asistencia de los concejales Sres. Martínez Zamora, Estañ, Gonzalo, Ayuso y Pujalte, se celebró en la tarde del viernes la sesión correspondiente á la semana actual.

Lo más saliente de ella fué el autorizar á nuestro digno Alcalde Sr. Peña, para que disponga la construcción de una alcantarilla, en la calle del Condé del Valle, cuyo importe, según presupuesto del arquitecto, asciende á 4980 pesetas.

Dicha alcantarilla se hará por administración.

